

revisiónismo ante el problema del Estado. En Stalin podemos distinguir *grosso modo* dos épocas en su posición frente al problema del Estado: en una, consciente del momento histórico y siguiendo a Lenin, consideró correctamente el problema del Estado. Stalin vio, en la primera etapa del Estado Soviético, el papel verdaderamente importante de la maquinaria estatal. Como "el camino de la libertad pasa por la dictadura del proletariado" (Garaudy) y como la dictadura es necesaria no sólo para planificar la vida económica sino para combatir a las clases enemigas interiores, contrarrevolucionarias, y al cerco capitalista, Stalin sacó la consecuencia, siguiendo a Lenin, de que tras la revolución proletaria, el Estado juega un papel especialmente importante en la acción recíproca entre el poder estatal y lo económico-social. Mas después, en una segunda época, exageró de tal modo el papel del Estado que cayó en un marxismo con errores estatistas (desviación hacia la derecha). Lefebvre olvida la primera época —tan importante para la consolidación del socialismo— y no caracteriza adecuadamente la segunda. Stalin, en ésta, no era un estatista al estilo hegeliano, sino un marxista con desviaciones estatista hacia la derecha. El culto a la personalidad tiene sus raíces en esta desviación.

Sin tomar en cuenta una serie de críticas superficiales y denuestos irracionales (Stalin, dice Lefebvre, era un "dogmático despiadado y brutal"), el autor combate a Stalin, podemos resumir, afirmando que en su posición frente al materialismo dialéctico cae en el mecanicismo y niega la iniciativa y la previsión científica y que en su posición frente al materialismo histórico cae en la exaltación hegeliana del Estado. Como hemos visto, la primera crítica es falsa y

la segunda sólo es aceptable, de manera parcial, en la segunda etapa de Stalin (en el período del culto a la personalidad). Lefebvre, como buen pequeño-revisionista, ataca de Stalin lo que tiene de marxista, sin tocar, en sus debidos términos, lo verdaderamente criticable.

ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO

SANTIAGO RAMÍREZ: *El mexicano, psicología de sus motivaciones*, Asociación psicoanalítica mexicana, A. C., Editorial Pax-México, 1959.

DESDE QUE VIO la luz pública, hace ya una generación, la obra de Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, se han sucedido muchos y variados estudios sobre la idiosincrasia del mexicano y lo mexicano, enfocados desde el punto de vista filosófico, literario, histórico y psicoanalítico. Citaremos sólo, por vía de ejemplo, los estudios realizados por Paz, Cernuda, Carrión, Zavala y Millán. Sin embargo, pocas han sido las aportaciones verdaderamente científicas que contengan un valor más que transitorio. Santiago Ramírez, conocido psicoanalista mexicano, nos ofrece ahora un pequeño trabajo escrito en estilo ameno de fácil lectura, en el que vuelve a ciertos argumentos viejos y hace algunas novedosas interpretaciones.

En el primer capítulo el autor hace un breve y lúcido resumen de los postulados y la metodología básicos del psicoanálisis, estableciendo el cuadro dentro del cual desarrollará sus tesis sobre el mexicano. En el capítulo siguiente entra ya en materia y comienza con el origen histórico del "mexicano," es decir, con la Conquista. No sólo se trata aquí de la tragedia de una cultura que es

decapitada y destruida por otra dominante, sino de la mezcla de dos sistemas de valores distintos. A raíz de la Conquista, existían tres tipos de hombres en México: el indígena (que ya no es el indio de antes), el mestizo y el criollo. El indígena, según Ramírez, “bien pronto se dio cuenta de que el conquistador no era el hermano que había de librarlo del padre cruel y agresivo que le sometía y tiranizaba sino que simplemente, había substituido un padre por otro.” El mestizo es el producto de padre español, dominante, conquistador, y de madre indígena, dominada, conquistada y manifiestamente inferior —como indígena y como mujer. El mestizo equiparará la fuerza, la autoridad, la masculinidad, con lo español, lo extranjero, y la debilidad, el sometimiento, la femineidad con lo indígena. Como no encuentra acomodo en ninguno de los dos mundos que lo han producido, “en su interior se rebela contra su origen indio que le ha privado de pertenecer al lugar y sitio de sus anhelos, y está cargado de hostilidad manifiesta hacia el padre violento y extranjero”. Esto se traduce más tarde en la opresión y dominación de la mujer (aun cuando ella misma también sea mestiza) y en fenómenos tales como el machismo que “no es en el fondo sino la inseguridad de la propia masculinidad; el barroquismo de la virilidad.” Finalmente, el criollo, hijo de padre español y de madre también española, “importada,” la cual, sin embargo, es “altamente valorizada, pero distante, barroca y refinada, ocupada en festividades religiosas y civiles”, se encuentra en una situación de conflicto entre identificaciones múltiples y complejas, en que se identifica con sus padres (y su cultura), y a la vez los rechaza. Cualquiera que sea el origen del mexicano (indígena,

mestizo o español), para Ramírez “una fuerte hostilidad hacia el padre en la que anhelosamente se colocan todas las pulsiones que puedan hacer posible la identificación con el agresor, *motivan* históricamente al mexicano”.

En el capítulo tercero el autor hace “una breve excursión a través de las formas de vida del mexicano actual”. Señala, ante todo, la ambivalencia del hijo hacia la madre, resultado del abrupto cambio de “un mundo cálido en el cual sus demandas se satisfacen plenamente en el momento mismo en que lo solicita”, junto a la madre, “al hostil externo, de un ambiente en que es preciso luchar duramente, para subsistir”, en el momento en que su lugar es usurpado por el nuevo hermano. Una vez abandonado por la madre, el hijo busca al padre, pero la figura de éste “brilla por su ausencia y es eventual y transitorio”. El niño aprende pronto a “burlar a ese padre violento, agresivo, esporádico y arbitrario”. “Es así —dice Ramírez— como se inicia y toma principio la psicopatía del mexicano.” Después de analizar brevemente algunas características de la vida mexicana, tal como el concepto “madre” y su variado y amplio uso en el lenguaje, y el papel de la abuela y de la suegra en la familia, el autor señala las tres tendencias dinámicas básicas en la familia mexicana: 1) intensa relación madre-hijo durante el primer año de vida; básica, integrativa, sustancial y probablemente explicativa de la mayor parte de los valores positivos en la cultura; 2) escasa relación padre-hijo; 3) ruptura traumática de la relación madre-hijo ante el nacimiento del hermano menor. La autoridad paterna, señala Ramírez, es identificada por el mexicano con lo extranjero, y eso explica las relaciones con los norteamericanos y las diversas ten-

dencias extranjerizantes y "pochistas" de que padecemos.

Ramírez aporta algunos datos, tomados de sus propios estudios, sobre la desorganización de la familia mexicana, el abandono habitual de la esposa por parte del padre; fenómeno de serias implicaciones socio-económicas, al cual Ramírez le da una explicación netamente freudiana, siguiendo la línea esbozada anteriormente. Analizada, finalmente, la relación entre hombre y mujer a través de diversas canciones y corridos populares, siempre reduciéndolo todo a los mismos factores. Así, por ejemplo, la Revolución de 1910 no es más que una rebelión contra el padre, y la tradicional celebración del juego de la piñata durante las posadas antes de la Navidad, significa que "el mexicano rompe en la olla (*de la piñata*) el vientre de su madre y se apropia de su contenido (*el envidiado y odiado hermano menor. E. G.*)". ¿Por qué buscar una explicación sencilla cuando se puede hacer tan dramática y rebuscada, verdad? En resumen, el mexicano es un manojo de conflictos que se reducen a la rebelión y al odio contra el padre y la ambivalencia hacia la madre. Factores éstos que ya S. Freud había señalado con respecto a la respetable clase media judía de Viena a principios de este siglo, y que ciertos psicoanalistas parecen encontrar en cuanta raza, pueblo o nación exista en este mundo. ¿Y la idiosincrasia del mexicano? ¿Lo que verdaderamente es propio y nacional, y distingue lo mexicano de otras nacionalidades? El psicoanálisis todavía no ha demostrado su capacidad para dar respuesta a estos problemas.

EMILIO GÓMEZ JR.

FÉLIX KEESING: *Cultural Anthropology, the Science of Custom*, Richart & Co., Inc., Nueva York, 1958, 477 pp.

MISCHA TITIEV: *Introduction to Cultural Anthropology*, Henry Holt & Co., Inc., Nueva York, 1959, 464 pp.

EN ESTADOS UNIDOS, la antropología cultural (o antropología social o etnología, como también se le conoce en diversos países) se enseña en forma creciente en las universidades y *colleges*. Además, las investigaciones etnológicas se realizan en gran escala y en todo el mundo, subsidiadas por las propias universidades y las diversas instituciones que proporcionan fondos para este tipo de actividades. De allí que muchos textos introductorios y generales de amplio uso pasen de moda pocos años después de su publicación obojetivos comunes no existen en el cuerpo (a semejanza de lo que sucede con los automóviles último modelo de Detroit), y que los nuevos textos y manuales para usos académicos contengan, a grandes rasgos, el mismo material de los anteriores (como no puede ser de otra manera en una ciencia que se diga tal), presentado quizás, en forma algo distinta, o adornado con ejemplos nuevos y enriquecido con la bibliografía más reciente.

Las obras de Keesing y de Titiev cumplen, cada una a su manera, con su cometido: el de presentar, en forma sintética, los conceptos generales y los conocimientos básicos de la antropología cultural, para el uso de estudiantes universitarios. La diferencia entre ambos autores estriba en la manera de presentar el material, y en el énfasis distinto de los diversos enfoques que se pueden hacer del mismo.

Veamos primero la obra de Keesing. El autor divide su material en diecisiete capítulos y ochenta y cuatro problemas. Los temas, pues, se presentan en forma de